

Juan Luis Hernández. *La oposición a la guerra del Chaco (1928-1935)*. Buenos Aires, Editorial Newen Mapu, 2020), 466 páginas.

Por Pablo Augusto Bonavena*

Recibida: 23/12/2020 – Aceptada: 30/3/2021

En la introducción de la obra colectiva titulada “*La guerra como filigrana de la América Latina contemporánea*”, aparecida ya hace varios años, Gustavo Guevara y Juan Hernández, autores y compiladores de la misma, hicieron un señalamiento muy certero, que expresa un diagnóstico sobre el derrotero de la historiografía de esta parte del mundo que, incluso, se agrava si miramos el terreno de la sociología.¹ Arguyen que pese a la centralidad que cobró la guerra y los conflictos armados en la geografía americana durante los siglos XIX y XX, no se generó una producción investigativa acorde a la envergadura de los procesos sociales signados por esos fenómenos.

La observación es valiosa e invita a la polémica para desentrañar si estamos frente a un obstáculo epistemológico o una limitante de otro signo. Obviamente se podrá argumentar que existen muchos estudios sobre efemérides militares, pero la perspectiva que vincula las acciones militares con la sociedad adolece de la austeridad señalada. El área de los estudios acerca de las reacciones civiles promovidas por la guerra y el militarismo es escasa, aunque en los últimos tiempos se incrementó.² Desde luego se puede argüir que el enfrentamiento entre Estados en Latinoamérica no adquirió la dimensión de lo ocurrido en Europa para el mismo lapso tem-

* UBA / UNLP

¹ Guevara, G. y Hernández, J. (comps.) (2004). *La guerra como filigrana de la América Latina contemporánea*. Buenos Aires: Dunken, p. 7.

² Se puede encontrar un balance al respecto en Molina Luque, J. F. (1999). “*Quintas y servicio militar: Aspectos sociológicos y antropológicos de la conscripción (Lleida, 1878-1960)*”. Tesis. España: Universitat de Lleida.



poral, así como ninguna variedad de enfrentamiento mediado por las armas, motivo por el cual el tema no incita mayor interés. También es cierto que en esas centurias la estatalidad de ese fragmento del mundo, hablando en general, no tuvo el mismo grado de desarrollo que el cristalizado en una importante área del continente europeo. Estas diferencias, claro está, son muy significativas a la hora de ensayar cualquier comparación y obligan a tener en cuenta otros registros y ejes de confrontación. Una masacre como la sufrida por los *Pilagá* en tiempos de la primera presidencia de Juan Domingo Perón, por ejemplo, nunca podría tener un fundamento que se aproxime directamente a la razón de las matanzas europeas en la misma época.³ Las políticas de expansión territorial tampoco pueden equipararse por su lógica y cantidades. Las ofensivas para correr las fronteras por estos lares fueron relativamente acotadas, aunque en ambos márgenes del Atlántico estaban correlacionadas con la lucha de clases de cada país, como lo verifica para el caso de Bolivia y Paraguay el libro foco de esta recensión. Pero las desemejanzas no son únicamente de magnitud o forma, sino que, además, contraponen sus contenidos. De seguro todo esto es innegable, pero allende las cavilaciones que engendra toda contrastación sin ignorar los matices, la menor intensidad de los combates en Latinoamérica y el carácter restringido de las guerras interestatales no alcanza como evidencia para justificar esa apuntada carencia de investigación. Tal vez, el déficit obedece a que muchas veces una porción apreciable del fuero académico se orienta a administrar las “memorias” y los “olvidos”, buscando avalar los relatos que acompañan la consolidación estatal de las variopintas fracciones de la burguesía, mientras eclipsan su violencia y soterran las acciones políticas autónomas del campo del pueblo.

³ Acerca del tema, véase Perriere, H. (2016). “Pueblo originarios y peronismo. La masacre de Perón al pueblo pilagá” en diario *La Izquierda Diario*. Buenos Aires, 10/10. Disponible en: <http://www.laizquierdadiario.com/La-masacre-de-Peron-al-pueblo-pilaga> [visitado noviembre 2020].



Con independencia de las reflexiones y querellas que seguramente suscitaría un debate profundo en esta materia, a contrapelo de las omisiones, en el mencionado introito, Guevara y Hernández reconocen los atributos que tiene la guerra para cincelar con cualidades de “orfebre” el espacio donde se arraigan los aparatos políticos y militares de los vencedores, tema que lucen en el texto cuando esbozan el vínculo dialéctico entre guerra, paz y política. Esa capacidad de las conflagraciones resultó registrada en la teoría sociológica, junto a las contribuciones de Federico Engels y Carlos Marx, por autores como Otto Hintze en 1906,⁴ Franz Oppenheimer en 1908,⁵ Robert Ezra Park en 1941⁶ y gran parte de la sociología histórica desde los setenta. En esa producción podemos justipreciar cómo la biografía y geografía del Estado queda anudada con la guerra.⁷ Inmerso en un diferente andarivel, Carl Schmitt detenta un análisis político y jurídico del mismo talante, precisamente en los párrafos donde ausculta las premisas de la teoría del Estado acuñada por Georg Wilhelm Friedrich Hegel y la teoría de la guerra perteneciente a Jean-Jacques Rousseau. Coopera desde esas páginas en la consolidación de una definición relacional de la categoría “Estado”, entendido como un estado del poder, tanto hacia el interior del territorio conquistado donde reclama el monopolio de la violencia, como en correspondencia a otras unidades políticas que se postulan

⁴ Hinze, O. (2007). *Organización militar y organización del Estado*. Madrid: Universidad Autónoma. Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI).

⁵ Oppenheimer, F. (1908). *El Estado*. Disponible en: https://www.academia.edu/36054822/El_Estado_Franz_Oppenheimer_7_ [visitado noviembre 2020]

⁶ Park, R. E. (1941). *The social function of war: Observations and notes*. Disponible en: <https://www.journals.uchicago.edu/doi/abs/10.1086/218698> [visitado noviembre 2020]

⁷ Desde un enfoque anclado en la antropología es interesante recuperar en esta dirección la distinción entre los “Estados prístinos/originales” y los “Estados secundarios”, nociones que igualmente toman en cuenta el impacto de las presiones tanto directas como indirectas que padecen los “Estados secundarios” en su proceso de formación, provenientes de los “Estados originales”. Fried, M. (1979). “Sobre la evolución de la estratificación social y del Estado” en LLobera, J. (comp.); *Antropología Política* (pp. 133/151). Barcelona: Anagrama. También es conveniente revisar los artículos de Service, E. (1984). “El origen del Estado zulú” y “Guerra” en *Los orígenes de la civilización y el Estado* (pp. 125/137 y 292/ 296). Madrid: Alianza.



como autónomas y autárquicas: un estado del poder interior, también configurado por un estado del poder entre Estados.⁸ Este amplio bagaje teórico, sin embargo, muchas veces pasa desapercibido producto del aludido desplazamiento de la guerra como objeto de investigación, por fuera de las elaboraciones hechas en clave estatal.⁹

“*La guerra como filigrana de la América Latina contemporánea*”, a la inversa, condimenta este cúmulo de proposiciones. En efecto, algún eco aferrado en este tipo de soporte conceptual resuena en sus carillas. Aparece, por ejemplo, en el momento que Adriana Pons y Luciana Seminara citan a Eduardo Grüner, para recordar que la violencia constituye las prácticas políticas al fundar la juridicidad estatal.¹⁰

El tratado, en contraste, no omite este prisma analítico y, en consecuencia, advierte sobre el papel de la violencia en la configuración de lo social. Con esa impronta teórica, puntualmente, la temática concerniente a la guerra en el Chaco, una de las “guerras ocultas del siglo XX” al decir de Juan Carlos Losada¹¹, es visitada en la segunda sección, en tres artículos: “La

⁸ Schmitt, C. (1979). *El nomos de la tierra en el Derecho de Gentes del “Jus Publicum europeum”*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

⁹ Me refiero a la escritura de una “historia oficial” basada en “héroes” y un pasado militar de gloria y honor que acomoda los hechos históricos en función de la proyección de acotados intereses, enfatizando la figura de los generales por sobre los soldados. También a los relatos que solapan las condiciones de guerra civil en la reciente historia argentina, para abonar el procesamiento jurídico de la lucha contrainsurgente en los términos de una verdad y una memoria en línea con los grandes partidos burgueses.

¹⁰ Pons, A. y Seminara, L. (2004). “Los espectros de la Guerra en la teoría y la práctica socialista” en Guevara, G. y Hernández, J. (comp.). *La guerra como filigrana de la América Latina contemporánea*, pp. 88 y 89. Grüner, E. (1997). *Las formas del Estado*. Buenos Aires: Colihue. Acerca de la relación entre guerra, Estado y justicia se aconseja atender la obra, escrita en 1861, de Pierre-Joseph Proudhon *La guerra y la paz. Investigaciones sobre el principio y la constitución del derecho de gentes*, cuya primera edición original en francés se encuentra disponible en: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65348467/f14.image>. Igualmente, acerca de la temática es recomendable analizar la conferencia del dirigente socialista alemán Ferdinand Lasalle, titulada *¿Qué es una constitución?*, pronunciada en Berlín durante abril de 1862.

¹¹ Especialista español en historia militar y miembro de la Asociación Española de Historia Militar. Losada, J. C. (2018). *Todas las banderas. Las guerras ocultas del siglo XX*. Barcelona: Pasado & Presente (pp. 116/124).

guerra del Chaco Boreal (1932-1935). Otras miradas latinoamericanas” de Gabriela Paola Cardozo y Cintia Romina Zirino; “La Internacional Comunista y la Guerra del Chaco” de Juan Luis Hernández y, finalmente, “Intelectuales, prensa y Guerra en el discurso de los intelectuales críticos de la Guerra del Chaco” de Gustavo Guevara. Tanto el enfoque teórico bosquejado en el título del libro como la investigación dedicada a la guerra en la inhóspita superficie chaqueña viven un salto cualitativo en la obra que aquí pretendo reseñar.

Con este precedente, la flamante publicación de Hernández reestablece las posturas opositoras a la guerra del Chaco en una disposición temporal que atañe a distintos momentos de la construcción de dos territorios nacionales. Por consiguiente, hallamos con sistematicidad señalamientos que remarcan las discrepancias y semejanzas entre las realidades de cada país. A modo de antecedente, el autor refiere a los panoramas sociales establecidos antes del encuentro militarizado entre Bolivia y Paraguay. Los puntos de partida son la *Guerra del Pacífico* (1879/1880) y la *Guerra de la Triple Alianza* (1864/1880), donde los países fueron vencidos con altos costos. Hernández erige los cimientos del núcleo central de su exposición en una hoja de ruta que transita un camino que va de las guerras a la guerra. Paso seguido, ofrece una cantidad suficiente de información para situar al lector en esas coordenadas espacio-temporales donde acentúa las situaciones más álgidas de las pugnas políticas y sectoriales en Bolivia y Paraguay (golpes de Estado, golpes de mano, guerras civiles, “revoluciones”, etc.), potenciadas por la crisis de 1929. Dentro del período de entre guerras, Hernández describe los acontecimientos internos de cada nación concatenados con los intentos de las alianzas gobernantes para consolidar fronteras geográficas e ideológicas favorables. Torna observable algunos de los dispositivos pertinentes a la construcción de una identidad soberana dentro del propio territorio que supone, al unísono, una actitud contenciosa



contra otros constructos políticos de iguales ambiciones, haciendo presente la dialéctica entre el interior y exterior de los Estados. Con aires entre roussonianos y neo-hintzenianos, el libro repone la nombrada tensión entre paz interior y guerra exterior o la tirantez entre guerra interna y guerra externa. Permite comprender una cuota de las políticas ensayadas para el afianzamiento de una nacionalidad que, en el caso de los Estados que combatieron en el Chaco, aún se encontraba escasamente desarrollada. El proceso de ciudadanía era todavía escuálido y se emplazaba en territorios donde las relaciones sociales propiamente capitalistas estaban salpicadas por grandes “lagunas” que contenían a varias comunidades de población originaria, organizadas con otra trama de relaciones sociales. El reclamo del reconocimiento de las tutelas estatales en esas extensiones nacionales presentaba muchas fallas.¹² De allí que, a nivel discursivo, así lo demuestra el libro, los gobiernos empuñaron argumentos nacionalistas, belicistas y, de manera inescindible, fundamentos anticomunistas, que en específico cubrían a toda alternativa de vida, inconformismo o rebelión de las clases subalternas. Desde ese ángulo, el lector o la lectora percibirá que la reconstrucción de la historia de la izquierda y los movimientos populares de Bolivia y Paraguay exhibida en el libro, permanentemente evidencian la determinación represiva implacable de los Estados, sustentada en esa prédica contra el comunismo y la anarquía.

Como complemento de las políticas para el fortalecimiento estatal sostenido mediante esa perorata que mezclaba nacionalismo y anticomunismo, el autor detalla un juego de maniobras consistente en el emplazamiento de fuertes y otras argucias para ocupar el Chaco, que promovió muchos incidentes, entre los que localiza un hito: la fundación del *Fortín Vanguardia* por

¹² Visiblemente esta situación era más acuciante en Bolivia donde, por ejemplo, el servicio militar obligatorio implantado en 1907 no había podido aún homogeneizar a la población.



Bolivia en 1928, junto al casi inmediato ataque que sufrió en diciembre del mismo año, protagonizado por una partida de tropas paraguayas. Hernández cataloga esa escaramuza como el “ensayo general de la guerra”, por cuanto evalúa que alrededor de ella la guerra propiamente dicha comenzó a insinuarse. Alega que esa peripecia también acrecentó la reacción preocupada frente al hecho y, debido a los sombríos augurios que promovía, expandió aquello que se convierte en el objetivo de toda la investigación: la oposición popular al sangriento altercado militar que dejó miles de muertos.

Las categóricas derrotas y las consecuentes pérdidas territoriales de Bolivia y Paraguay en las guerras sucedidas en un pasado relativamente próximo, imponían la necesidad de reorganizar el territorio geográfico, económico e ideológico de cada país, horizonte que incluía apoderarse de la única espacialidad aún en litigio. Desde el episodio en el fortín, no obstante, el escrito informa que los países en pleito acudieron transitoriamente a la vía diplomática obligados por la insuficiente preparación para un enfrentamiento militar de mayor graduación. Esa actitud pretendía ganar tiempo para el acopio de pertrechos y conocimiento, con vistas a zanjar la reyerta por las armas y, como dice una vieja máxima, todos los que se aprestan para la pelea en definitiva terminan guerreando. Este era el dictamen de muchos destacamentos de izquierda de la época y, por ende, hacían oír su voz para protestar por la catástrofe que se avecinaba.

Antes de entregar la descripción de los alineamientos y movilización frente a la guerra, Hernández prosigue brindando una eficaz cantidad de información a los lectores, que deviene en una base sólida para enmarcar su pesquisa. Aporta un semblante del área en disputa, que ilustra sobre los recursos humanos, las riquezas económicas de la región (forestales, tanneras, petroleras y ganaderas) y las expectativas e intereses en su explotación. Estas precisiones son enlazadas por el autor, amparado en un barri-



do bibliográfico exhaustivo, con un compendio de las explicaciones acuñadas en torno a las causas del “trágico enfrentamiento sudamericano”.

El libro profundiza la discusión acerca de los motivos que dieron origen a la guerra. Coloca en entredicho el retrato más difundido para reflejarla, al menos por fuera del ámbito de los especialistas, que reduce la génesis del pleito a una discordia entre empresas petroleras: la *Standard Oil* versus la *Royal Dutch Shell*. Esta atribución tiene varios antecedentes que son semejantes en el escrito. Asomó raudamente en las caracterizaciones que fraguaron los opositores a la guerra en el mismo momento en que se dirimían las discrepancias a balazos. Efectivamente, con matices, esta interpretación fue blandida por distintos agrupamientos políticos e ideológicos refractarios a la guerra.¹³ Refiere a la identificación del conflicto como parte de una rivalidad entre fuerzas imperialistas, una norteamericana y otra anglo-holandesa, que subordinaban a los gobiernos de Bolivia y Paraguay. Incluso esta óptica fue parcialmente alimentada por los mismos gobiernos debido a que propalaron acusaciones contra el enemigo con imputaciones a propósito de la supuesta intrusión de intereses ajenos a la región, encubiertos tras los reclamos patrióticos. Las esgrimas de manifestaciones cruzadas atribuían intereses invisibles al pleito. El Paraguay estigmatizaba a Bolivia como un instrumento estadounidense y los gobernantes de Bolivia, por su parte, denunciaba la injerencia de capitales argentinos a favor de Paraguay.¹⁴ Hernández señala que esta perspectiva actualmente no posee gran sustentabilidad, pues no hay pruebas contundentes que cer-

¹³ Esta versión mantiene actualidad en la cultura política e ideológica de la izquierda antiimperialista en la Argentina. En tal sentido, desde su aparición, algunos grupos difundieron la obra de Chiavenato, J. J. (2007). *La guerra del petróleo*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.

¹⁴ Aquel argumento que considera al conflicto como producto de una instigación impulsada por empresas petroleras fue revivido por Evo Morales desde la presidencia de Bolivia. Losada, J.C. (2018). *Todas las banderas. Las guerras ocultas del siglo XX. Op cit.*, p. 116.



tifiquen la participación directa de las mencionadas empresas en el desencadenamiento de las colisiones armadas.

A continuación, el autor avanza analíticamente sobre la presunción que endilga el comienzo de las hostilidades a la crisis del régimen oligárquico boliviano y las vicisitudes políticas que esparció. Admite su incidencia, especialmente a partir del crack económico de finales de los veinte, sin apropiarse enteramente de este razonamiento unicausal. Justamente, en esta parte el libro valora las repercusiones de las agudas crisis políticas y conmociones sociales que precedieron a la guerra en Bolivia, pero, para formular una explicación más pulida, adelanta un paso más.

En la búsqueda de una explicación equilibrada, Hernández, finalmente, restablece el análisis que sitúa en la trama del conflicto las pretensiones bolivianas de construir un oleoducto para la salida de su petróleo al mar por el río Paraguay, proyecto que avasallaba los negocios ya establecidos en el área.

Una vez que escudriña estas hipótesis, el autor eslabona las raíces de la guerra con la concurrencia de los factores que fueron involucrados en las conjeturas precedentes. Consiente que la cuestión petrolera seguramente ocupó un lugar digno de atender junto a requisitos fiscales y políticas del tambaleante gobierno boliviano, pero, como adelanté, la obra inscribe esas variables en el marco más amplio del proceso de construcción de las filiaciones nacionales con base en identidades territoriales.

Tal como consigna Hernández, las crónicas efectuadas en Bolivia y Paraguay sobre las batallas y los desenlaces están impregnadas de claves interpretativas teñidas por la aspiración de arraigar una memoria patriótica afín a los bloques dominantes, que diluye y manipula numerosas aristas del enfrentamiento. El libro sorteja la complicidad con esas gestiones de los “olvidos” y la “sobrevaloración” de algunos acontecimientos, perfil neutral que el autor sostiene al adjuntar un breve y juicioso cuadro de las opera-



ciones militares, dentro del cual reviste importancia el hincapié en los problemas logísticos. Aquí es donde queda instalado el contratiempo insuperable para la operatividad de las tropas, encarnado en la falta de agua que, por su escasez, llevó a que el conflicto se recuerde como la “guerra de la sed”, tal como lo hace la novela de Guadi Calvo.¹⁵ La recordación de miles de muertos por sed otorga andamiaje a aquella imagen que capta al conflicto como la guerra por la supuesta presencia de un líquido, el petróleo, definido por la inexistencia de otro, el agua.

Resulta muy atrayente la rememoración urdida por Hernández al contar las trabas que existieron en los prolegómenos del choque armado para el reclutamiento de soldados, obstáculo que se agravó con el avance del rechazo a la guerra. En la misma medida se aprecian los señalamientos acerca de las limitaciones y virtudes militares de las huestes de cada ejército, que hacen revista del armamento y la fuerza moral de los bandos enemistados, factor este último determinante para soportar el esfuerzo que imponía la guerra. La reconstrucción de las alternativas referidas a la conducción operacional es concisa y sustanciosa, porque permite colegir que los mandos militares no eran conscientes de la forma que tomaba la guerra, a pesar de ser protagonistas principales, situación que despunta como más acuciante del costado boliviano. Este inconveniente terminó cobrándose el cargo del general Hans Kundt en pleno desarrollo de la confrontación. En el Chaco emergió uno de esos típicos escenarios donde la tecnología aplicada en las batallas avanzó más allá de los parámetros que consagraba la doctrina militar. Esa deficiente comprensión enuncia un desacople que invita a salir por un momento de las páginas del libro y jugar con algunas analogías. Idéntica situación fue vivida por los jefes castrenses en

¹⁵ Calvo, G. (2009). *La guerra de la sed*. Buenos Aires: Encuentro. La misma referencia utiliza en un título de su libro el coronel boliviano Roger José Centeno Sánchez. Me refiero a *La guerra de la sed: sinopsis de una contienda absurda*, publicado en 2018.



los primeros tramos de la *Guerra Civil* en los Estados Unidos, puesto que, tal cual aconteció en el Chaco, tardaron mucho en descubrir los avatares de la guerra moderna que les tocaba conducir. Una de las derivaciones de esa incompreensión en el norte y en el piso chaqueño fue plasmada en las dificultades logísticas que acrecentó cada ejército cuando se alejaban de sus bases, producto de las exigencias de cuerpos, insumos y transportes que prescribe la tecnología militar más sofisticada y las lógicas tácticas y estratégicas que la acompañan. Algo bastante equivalente aconteció tanto en el Chaco como en Estados Unidos en otro plano: una guerra a gran escala, con medios tan modernos de combate, no estaba en los planes originales de los contendientes, aunque los ejércitos fueron comprando armamento de novísima fabricación. Se prepararon para un modelo de enfrentamiento que, cuando llegó, implantó patrones muy difíciles de desenmarañar para las concepciones estratégicas aún imperantes en cada Estado Mayor. En un caso como en el otro, cada fuerza militar encontró escollos cada vez que ganó espacio y alargó su línea de abastecimientos. Similarmente, en sendos enfrentamientos se probó, lo avala Hernández para el caso chaqueño, la superioridad de la defensa sobre el ataque. Esa guerra en el norte de América, asimismo, según profusas opiniones, presagió la *Gran Guerra*. En la publicación de Hernández podemos leer que, en su criterio, la *Guerra del Chaco* adelantó aspectos de la *Segunda Guerra Mundial*. La duración calculada del conflicto también fue violentada por los hechos, defecto que constata la ausencia de un apropiado discernimiento para dilucidar los desafíos exigidos por las guerras dirimidas con el armamento de última generación.¹⁶ El error fue cometido en los Estados Unidos y en el caso chaqueño. Aquí la estimada guerra corta se transformó en un enfrentamiento de tres años, con idas y venidas plagadas de embates

¹⁶ En el caso sudamericano, ambos países confiaron la instrucción militar a experimentados oficiales europeos.



estériles. Estos rasgos, habilitan la curiosa posibilidad de considerar a los dos enfrentamientos en nuestro continente, al norte y al sur, como una especie de “laboratorio” de las guerras por venir. Federico Engels había delineado esa proyección sobre la guerra en Norteamérica.¹⁷ Hernández, en cercana sintonía, tipifica a la disputa en el Chaco como un “campo de experimentación” para futuras batallas, donde el Paraguay demostró que aventajaba a Bolivia al momento de poner en acto el recurso de la “guerra total” y su correlato, “el pueblo en armas”.¹⁸

Sobre este lienzo como trasfondo, Hernández traza el tema central del libro. Lo hace reconstruyendo la oposición a la guerra en variados formatos y circunstancias. El estudio revela que desde 1928 empezó a avizorarse con nitidez una posición anti-bélica, pero asevera que, con anterioridad, existían cuestionamientos desde posiciones de izquierda al patriotismo, el robustecimiento de los ejércitos y toda insinuación de llevar a cabo una aventura guerrera.¹⁹ Acredita que estos criterios pacifistas cobraron espe-

¹⁷ La mirada preponderante entre los especialistas militares europeos durante el transcurso del conflicto en tierra americana, igualmente, era desacertada. Para mencionar un caso, el afamado Gral. Molke calificaba los hechos como “tumultos armados”, sin apreciar acontecimientos como la guerra en las trincheras. Engels, por el contrario, auguraba que esa conflagración marcaría la tendencia de los futuros encontronazos militares entre Estados. Neumann, S. (1968). “Engels y Marx: conceptos militares de los revolucionarios sociales” en Mead Earle, E. *Creadores de la Estrategia Moderna*. Tomo II. Buenos Aires: Círculo Militar, p. 31. Neumann, S. y von Hagen, M. (1986). “Engels and Marx on Revolution, War and the Army in Society” en Paret, P. (ed.). *Makers of Modern Strategy*. Princeton University Press, p. 264. Bonavena, P. (2020). “El “general” y el “profeta” en AA.VV. *Nuestro Engels* (pp. 120/134). Lanús: Mundos Ediciones, p. 129. Disponible en: <https://muchosmundosediciones.files.wordpress.com/2020/11/nuestro-engels-2.pdf>. [visitado noviembre 2020]

¹⁸ Es interesante destacar que, al igual que en Europa, la obra muestra cómo esta impronta de la guerra en Sudamérica también combinó la guerra regular con formas irregulares, corporizadas en el lado paraguayo con las acciones de “*Los macheteros de la muerte*”. Obviamente, esta combinación no alcanzó la escala que tuvo en el continente europeo. Para ahondar en el tema que relaciona a Engels con la Guerra Civil Norteamericana desde la mirilla aquí abordada, véase Millán, M. I. (2015). “La Revolución Militar Norteamericana (1861-1865)”. *Huellas de Estados Unidos*. Nro. 8 (pp.6/27). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la UBA

¹⁹ En esta dirección, el autor rememora a la *Asociación Antimilitarista Argentina*, surgida en 1921 como parte de una política internacionalista.



sor delante de las prédicas nacionalistas que despertó el incidente del año veintiocho. En esa coyuntura ambos posicionamientos fueron ganando adhesiones, si bien con eficacia desigual. El libro pone de relieve la inicial adhesión popular a la guerra que, obviamente, entorpeció la lucha ideológica y teórica planteada por los opositores. Las arengas de los detractores a la guerra no poseyeron un vigor tal que desbarate los planes gubernamentales, si bien Hernández trasluce que el empeño militante dejó sus marcas, incluso luego del conflicto.²⁰ Indudablemente, la historia de la oposición a la guerra en el Chaco muestra otro capítulo de la derrota del clasismo y el humanismo a expensas del nacionalismo, resultado equiparable a lo acontecido en varios países de Europa. La “guerra a la guerra”, empero, como lo atestigua el libro que estamos escrutando, compuso un movimiento significativo que Hernández se esfuerza en desenterrar.

Ciertamente, cuenta los sucesos y alineamientos que dieron cuerpo a una multifacética fuerza opositora no articulada en todos sus segmentos. Organiza esa averiguación en dos grandes conjuntos que reúnen posicionamientos en el frente y la retaguardia. Cada uno está basado en dispares caudales de elaboración consciente.

Por un lado, el libro expone los gestos y las acciones contrapuestos a la guerra que engloban a individuos, organizaciones o grupos de carácter nacional e internacional que deliberadamente portaban una intencionalidad política. Comprende, asimismo, la disensión basada en valores ideológicos y éticos. Por otro lado, adiciona una serie de prácticas y actitudes rescatadas con un sentido muchos más amplio, con contornos laxos, cargada de acciones reactivas espontáneas, representadas en algunos casos más por el instinto de conservación, que en principios o estrategias pensadas para cambiar las relaciones de poder.

²⁰ Reconoce que uno de los legados que dejó la oposición al choque armado, una vez firmado el armisticio, irradió en Bolivia una “subjetividad emergente” que fortaleció el foraje por el usufructo de la tierra.



En uno de esos núcleos desmenuza la capacidad de acción del movimiento obrero al respecto, tanto en Bolivia como en Paraguay. A la vez, suma el registro de los alineamientos asumidos por algunas centrales sindicales estructuradas transnacionalmente. No faltan referencias al movimiento estudiantil en el mismo sentido, acicateado por la *Reforma de 1918*. Investiga el itinerario de las organizaciones políticas de izquierda antes y durante la guerra, con un capítulo específico para los anarquistas y comunistas de ambos países, que incluyen noticias de las actividades de estos agrupamientos en la Argentina. Asimismo, la obra recupera las posiciones emanadas del poco reconocido *Congreso Anti-guerrero de Montevideo* de marzo 1933. Despierta atención, entre muchas apostillas, el dato correspondiente a la acción directa contra la guerra a partir de los *Comités de Obstaculización a la Guerra y al Fascismo* que promovió el anarquismo en Argentina para el año 1933. El texto también exterioriza pesquisas sobre las réplicas pacifistas o anti-bélicas y otras peripecias de la guerra en distintas publicaciones de cada país beligerante, e incluye algunas resonancias en la prensa militante de la Argentina (*La Protesta, La Antorcha, etc.*). El recorrido por las meditaciones y la praxis de los sujetos individuales y colectivos del sector que repudió la guerra involucra, además, posicionamientos de trotskistas, de activistas con distintos anclajes ideológicos y de intelectuales no encuadrados en partidos políticos. Lo mismo, hace historia en rededor del estímulo que el conflicto propagó en el pensamiento crítico. También, evoca parte de la labor periodística, ensayística, literaria, poética, teatral y testimonial ligada a la guerra.

En relación a las acciones colectivas o de masas, siempre dentro del mismo agregado, el autor exhibe levantamientos populares, rebeliones indígenas, movilizaciones, mítines públicos, volanteadas, boicoteos, obstrucciones, acciones de agitación y propaganda, charlas, cónclaves, comités antibélicos, montoneras (integradas principalmente por campesinos



que escapaban al monte para no ser enrolados), bandolerismo, cuatrerismo, formación de comités de desertores, objeciones de conciencia y una pluralidad de hechos generados por la acción directa. Un renglón especial merece la consideración de los “emboscados” y todo lo que circundaba sus arrabales.

En el segundo conjunto, la exploración de Hernández incluye diversos comportamientos individuales o poco estructurados de repulsa a la guerra. Ofrece un inventario afín a cierta “resistencia pasiva”, con datos contruidos a partir de acciones de los potenciales reclutas y soldados ya ingresados a los ejércitos. Da cuenta de los llamados actos “izquierdistas” (que en principio refería a quienes se auto-infligían heridas en el teatro de operaciones para ser evacuados del frente que, en general, invalidaban su mano izquierda), proceder de “omisos” o “remisos” u otras señas de indiferencia ante el enrolamiento, huidas al exilio, fugas, deserciones (hay estadísticas al respecto), desbandes, falta de combatividad, rendiciones en calidad de prisioneros (que en algunas ocasiones fueron colectivas) y otras desobediencia o insubordinaciones. En este rubro, de manera similar a lo que hace con otros temas, las situaciones colectadas por Hernández son narradas y analizadas teniendo en mente las especificidades que tuvieron en cada país enfrentado. Asimismo, establece divergencias entre lo acontecido en la avanzada y detrás de las líneas. Estas acciones, explica el autor, no siempre fueron sustentadas en fundamentos conscientes y, en la mayoría de las ocasiones, no trasvasaron los umbrales elementales de la resistencia, aunque no descarta algún predicamento en esas conductas procedentes de las campañas antibélicas.

Tal y como ocurre respecto a la cuestión de la estatalidad, las personificaciones detectadas invitan nuevamente al debate conceptual. Expresan objetivamente el rechazo a los términos de la domesticación o sujeción que imprime la ciudadanía. La incorporación al servicio militar obligatorio propio



del Estado moderno siempre generó situaciones traumáticas entre la población. Michel Bozon señala que el reclutamiento aleja a los hombres jóvenes de sus rutinas por largos lapsos de tiempo y “ha ejercido una verdadera violencia en las comunidades rurales, las familias, los individuos”. Codifica, entonces, que son varias las reacciones hostiles a la milicia, que históricamente han oscilado entre una “resistencia abierta” y una “resistencia pasiva”.²¹ Fidel Molina Luque considera que el servicio militar compulsivo en los Estados modernos fungió como un instrumento vital para la socialización, la internalización de las normas y el control social. Acto seguido, confecciona dos nociones basadas en la aceptación o no de la legalidad que dan testimonio del incordio que trae aparejado. Por un lado, registra la “resistencia integrada” respaldada en los mecanismos de carácter legal que permitían esquivar el servicio militar mediante, por ejemplo, sustituciones o redenciones económicas. Por otra parte, delimita la “resistencia ilegal” comprendida en hechos como la fuga o el fraude en el momento del alistamiento que pueden inscribirse en la clave de la “resistencia pasiva”.²²

En una perspectiva más general, en la producción historiográfica, sociológica y antropológica, para mencionar sólo algunas disciplinas, se suelen generar heterogéneos tipos ideales de resistencia “pasiva” y “activa”, lo mismo con la noción de “oposición”, donde el término “pasiva” refiere, en general, al grado inferior de una escala para medir la intensidad de todos los actos comprendidos como antagonistas. Las formas “activas”, en cambio, se emparentan con la acción consciente, planeada y organizada. Las conceptualizaciones de algunas acciones u omisiones (“no acciones”) como “pasivas”, siempre suscitan controversias, pero es absolutamente

²¹ Bozon, M. (1981). *Les Conscripts*. París: Berger-Levrault, p. 10. Mencionado por Molina Luque, J. F. (1999). “*Quintas y servicio militar: Aspectos sociológicos y antropológicos de la conscripción (Lleida, 1878-1960)*”. *Op cit.*, p. 6.

²² *Ibidem*, pp. 110, 111 y 158.

adecuado e imprescindible, como lo hace Hernández, que cada investigador registre manifestaciones embrionarias o espontáneas de insubordinación.²³ El sustrato jerárquico de la tensión “activa/pasiva” puede aflorar, asimismo, anexo a las diferenciaciones establecidas entre “oposición” y “resistencia”, que de modo análogo se acostumbra a presentar en una polaridad. En general, la “oposición” es determinada desde el sistema político y, al contrario, la “resistencia” remite a un momento pre-político. Norberto Bobbio, por su parte, contrasta la noción de “contestación” con la “resistencia”, que luce una mayor intensidad y profundidad.²⁴ Sobreviene estimulante, de igual modo, traer a la lectura del libro la contraposición entre conflicto “abierto” y “no dirigido”, trabajada en el ámbito del análisis de las relaciones laborales, donde el carácter de “no orientado” recuenta un tipo de acción litigiosa que no promueve una representación intelectual que pueda interpretarla de modo cabal. La abstención para guerrear en el Chaco, propiciada por los comunistas y anarquistas de un lado y otro de las trincheras, obviamente planteaban un conflicto abierto con los Estados. ¿Acaso los caminos individuales para evadir el reclutamiento que rayaban con la autoconservación, por ejemplo, no implicaban la misma orienta-

²³ La ponderación de este género de hechos tuvo mucha relevancia luego de la Segunda Guerra Mundial dentro del análisis de la resistencia al nazismo y fascismo. Liddell Hart, para mencionar un caso, opinó que la resistencia pasiva, no violenta y la “estrategia de incumplimiento” fue considerable. Liddell Hart, B. H. (1960). “Passive Resistance” en *Deterrent or Defence*. London: Stevens, p. 221.

²⁴ Para una aproximación al tema, véase: Mason, T. (1981). “The Workers’ Opposition in Nazi Germany”. *History Workshop Journal*. Volume 11 (pp.120-137). Oxford University Press. Scott, J. C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Ediciones Era. Peukert, D. (1989). *Inside Nazi Germany. Conformity, opposition and racism in everyday life*. Londres: Penguin. Cieri. Andreassi, A. (2009). “Fascismo y antifascismo: 1922-1945” en Sánchez Cervello, J. (ed.). *El pacto de la no intervención. La internacionalización de la guerra civil española*. Tarragona: Publicaciones URV. Botz, G. (1982). “Widerstand von einzelnen” [“Resistencia de los individuos”] en DÖW (Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes) (Hrsg.), *Widerstand und Verfolgung in Oberösterreich, 1934/1945: eine Dokumentation. [Resistencia y persecución en Alta Austria, 1934/1945: una documentación]*. Viena: Editorial Federal de Austria. Bobbio, N. (2009). *Teoría general de la política*. Madrid: Trotta.



ción?²⁵ Sin vacilaciones, el Estado también los creía enemigos y, aunque desde el punto de vista político son actitudes más difusas que las del otro conjunto, no están exentas de ese contenido. Evidentemente las posibilidades de ensayar ejercicios conceptuales son múltiples. Las localizaciones de las desplantes opositoristas e iniciativas resistentes efectuadas en las páginas del libro reavivan todo este trabajo ceñido a la construcción categorial, que ostenta riqueza gracias a una operacionalización creativa, inmersa en entramados sociales de gran complejidad.

Hernández reconoce que no es sencillo mensurar las derivaciones del derrotismo y otras consignas contra la guerra, propaladas conscientemente por grupos o individuos en el frente y la retaguardia. Con certeza, los efectos de las iniciativas antibélicas para la generación de una exégesis política del conflicto no son fáciles de sopesar, al igual que su contribución en horadar la moral nacionalista. Estimar su costo en el esfuerzo total de la guerra parece imposible. Sin embargo, para el autor es factible especular que los bríos militantes seguramente tuvieron cierto predicamento, especialmente con la prolongación de la refriega y las calamidades que ésta traía. De hecho, en muchas guerras el cansancio y los padecimientos influyó en la belicosidad, daño que los jefes militares o gobiernos buscaron atemperar insuflando convicciones morales y políticas. No ocurrió en el Chaco, al menos dentro del sector boliviano. Los gestos de confraternidad entre las tropas pueden ser un síntoma en la dirección de censar las huellas de la propaganda, tal como lo insinúa el libro en cuestión.

Para cerrar, es necesario subrayar que la meta de la obra se cubre con creces y abre la alternativa de ahondar los debates conceptuales y políticos. Respecto a la resolución armada del conflicto, Hernández razona acerca de las contingencias de cada país contrincante para establecer una

²⁵ Sobre el tema, véase Edwards, P. K. y Scullion, H. (1987). *La organización social del conflicto laboral*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.



“comunidad de propósitos”, basada en un sentimiento de pertenencia común que aglutine a la población. Argumenta que la cuestión tuvo un papel determinante, puntualización que nos lleva a las primeras líneas de esta reseña donde se alude al tema de la estatalidad forjada en un esquema de relaciones de fuerzas endógenas y exógenas.

Entre los muchos desafíos que impone el análisis de la beligerancia y todo conflicto, finalmente, siempre se debe prestar atención a los vaivenes del frente de batalla y al posterior procesamiento que se hace de la contienda. Recordemos que a veces el principal corolario de una guerra no queda labrado en la definición que arroja el desempeño en los *Campos de Marte*, sino que está dado por cómo se recuerda el hecho.²⁶ Esta elaboración en cada nación no escapa al interés de Hernández. Argumenta que se consumó con cierta eficacia desde el vértice de la construcción de una identidad nacional que soterró, en gran medida, a las luchas populares y obreras contra la guerra. La misma secuela, reflexiona, provocó el progreso de la ciudadanización con su consiguiente pretensión de aunar a la población. Una de las conclusiones posibles que se desprenden de la investigación reafirma aquella proposición que atribuye a la consolidación estatal de un bloque dominante el artificio de ocultar su devenir, edificado con violencia, silenciando a la vez los otros postulados alternativos de organización social. Podemos agregar, entonces, manteniendo fidelidad con el texto, que una de las aristas de la tramitación ideológica de la conflagración encarada por los Estados procuró estabilizar sociedades sacudidas

²⁶ En los últimos años, en especial desde los traspies de las fuerzas estadounidenses en Medio Oriente, aunque con antecedentes en la guerra en Vietnam y Somalia, esta temática fue tratada dentro de la denominada “teoría de la victoria”. En el terreno de esta teoría se concibe que el nivel más elemental la victoria representa una evaluación, más que un hecho o una condición. Remite a una “opinión” o una “comunidad de opiniones”. Desde esta orientación, la victoria queda vinculada con una determinada percepción, más que con los resultados materiales que ofrecen los hechos. Subyace aquí aquella proposición que da continuidad a la guerra en la política. Boone Bartholomees, J. (2009); “Teoría de la victoria”. *Military Review*, Marzo-abril (pp. 68/77). EE.UU., p. 68.



por los ritmos que imponía la lucha de clases. Ocluyó, en esa trayectoria, la conformación de fuerzas adversas a la guerra. No obstante, como podrá apreciar el lector, la resistencia popular no logra ser opacada con idéntico éxito detrás de relatos apologéticos sobre la abnegación y el heroísmo nacional, cuando esa argamasa de ideas o agencia identitaria es puesta en cuestión por una investigación histórica rigurosa y comprometida con el campo del pueblo. Se dice que todo libro nuevo viene a rellenar un agujero. La obra cumple con ese cometido, pero su lado fuerte tiene más que ver con destapar que con tapar.

